

SOBRE LA MESA DE LA SALA DE ESPERA

[TOMADO DE *POR BREVE HERIDA*, 2016,
MÉXICO: EDITORIAL SEXTO PISO]

MARGO GLANTZ

Escritora, ensayista y
crítica literaria mexicana

Sobre la mesa de la sala de espera del parodontista encuentro una revista abierta, la abro, fotografías diversas ilustran deformaciones dentales y sus soluciones. El título: Dientes perfectos para una sonrisa radiante, abierta y seductora. ¿Habrà mejor carta de presentación?

Antes me había entretenido leyendo una revista de modas, *Vogue*, en ella se dan consejos para seducir.

Me aburre el *Vanidades*, tomo ahora una revista médica, más bien odontológica, en esta ininterrumpida sesión número doscientos treinta y cuatro:

En los últimos años se ha producido una verdadera revolución en el cuidado de los dientes, más allá de las revisiones periódicas que garantizan su salud, la nueva estética dental es responsable de que la dentadura luzca blanca y perfectamente alineada.

Me parece curiosa la noticia, dentro de poco todas las sonrisas serán exactamente iguales, uniformes, ninguna singularidad, no habrá ningún rasgo que diferencie las diferentes dentaduras o sonrisas ni en su color ni en su textura ni en su aspecto: esos incisivos coqueta y ligeramente separados el uno del otro contribuían a que la sonrisa fuese más sensual; la gracia infinita de un diente más pequeño que los demás o uno protuberante, encimado, torcido, mal alineado, o de un color distinto del resto (y sin embargo atractivo), dientes superiores ligeramente separados.

(Chaucer pretende en *Los cuentos de Canterbury* que los dientes separados denotan lujuria).

Me atraen los dientes amarillentos de un director de cine proveniente de Sudán, acababa de ganar un premio de la crítica en el Festival de Cannes (lo leo en una revista), su dentadura brota de manera diagonal, siguiendo una inclinación cada vez más pronunciada, la boca repite la trayectoria.

Viendo la televisión, mi mirada se detuvo hace años en la dentadura de un director de cine francés de los años setenta, voz engolada y boca casi inexistente; sonríe y enseña los dientes salpicados de manchas oscuras por el tabaco, una pequeña hendidura entre los colmillos superiores lo hace salivar; a pesar de todo fue muy popular entre las actrices francesas de moda, mujeres siempre rubias con el pelo abombado y un flequillo cubriéndoles casi por entero los ojos y la frente, como si el pelo supliera en su rostro un velo ritual.

Por los anuncios publicados en la revista, deduzco que no existe ningún problema estético irresoluble: las sofisticadas y rápidas técnicas actuales utilizan procedimientos menos traumáticos con resultados netamente espectaculares:

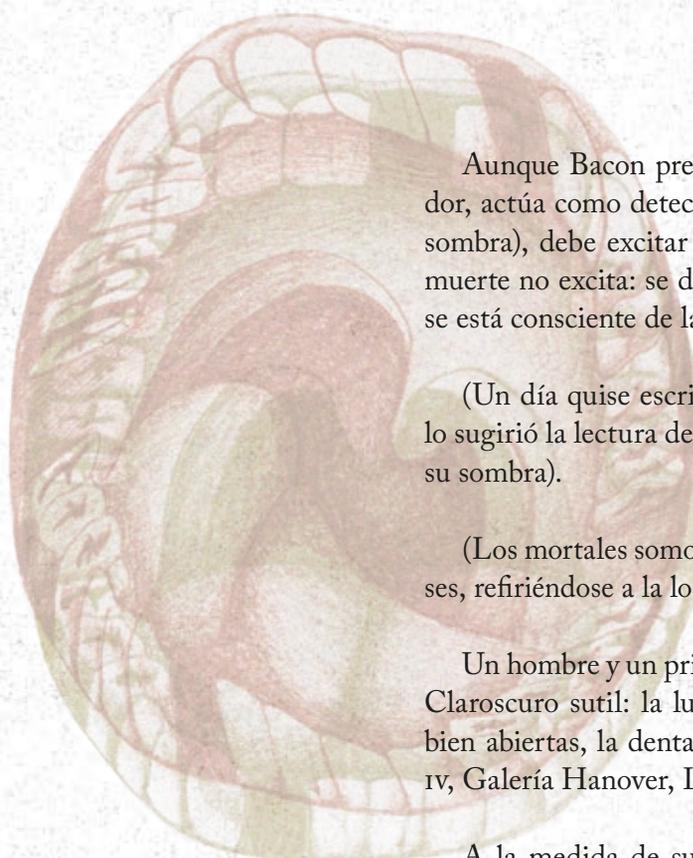
Para mejorar los dientes torcidos o desviados se moviliza la dentadura y se colocan aparatos fijos llamados brackets (¿de porcelana? [creía que todos eran de metal]); el paciente debe usarlos dos años por lo menos, según sea el caso. Para correcciones menores, se usa un sistema de guardas transparentes para cada diente, se requieren por lo menos unas cuarenta guardas, reemplazadas a medida que la dentadura se empareje.

Y de inmediato, en lugar de salivar, acto pavloviano recurrente en este consultorio, me viene a la mente la serie de cuarenta retratos del papa Inocencio x, refleja la obsesión que Bacon sentía por estos temas o mejor dicho por las bocas abiertas en donde los dientes son el signo distintivo del horror.

Un prisma es el amontonamiento de imágenes fracturadas, o para decirlo mejor con las palabras de Bacon: gruesas pinceladas: ¿montones de excremento o de abono?

—Cuando tenía diecisiete años y estaba mirando el excremento de un perro sobre la acera —le cuenta a David Sylvester en una de sus entrevistas—, comprendí de pronto: ahí está, me dije: así es la vida. Curiosamente, esa idea me atormentó durante meses, hasta que por fin llegué —como si dijésemos— a aceptar que uno está aquí viviendo durante un segundo, para que lo aplasten luego como a una mosca contra la pared.

En su pintura hay tres fuerzas, una invisible, aísla; la segunda, deforma, se apodera de los cuerpos y de la cabeza de la Figura (así con mayúscula); y la tercera disipa, aplana, difumina.



Aunque Bacon prefiere considerarse como un pulverizador o un excavador, actúa como detector. Si la vida excita, la muerte, su opuesto (como una sombra), debe excitar aún más. O quizá esa no sea la palabra adecuada, la muerte no excita: se debe estar consciente de ella de la misma forma en que se está consciente de la vida.

(Un día quise escribir un libro que se llamaría *El texto y su sombra*, me lo sugirió la lectura de Roland Barthes, quien aseguraba que todo texto tiene su sombra).

(Los mortales somos apenas fantasmas, o una ligera sombra... comenta Ulises, refiriéndose a la locura de *Áyax*, en el drama de Sófocles de ese nombre).

Un hombre y un primate, idénticos, bestiales y humanos al mismo tiempo. Claroscuro sutil: la luz salpica tanto al hombre como al animal, sus bocas bien abiertas, la dentadura feroz: Óleo y temple sobre tela, Cabeza número iv, Galería Hanover, Londres, 1949.

A la medida de su fama, las telas de Bacon fueron alcanzando precios exorbitantes, más aun después de su muerte.

Sesión ¿la treintava?

A veces cambio por un tiempo de consultorio y de especialista, cada etapa del tratamiento dental exige consultar un médico distinto. Si hubiese un trastorno dental que el dentista de cabecera no pudiese solucionar me mandarían con el endodoncista. Aguardo (tensa) a que me llame la enfermera, me entretengo practicando (como siempre) mi ocupación favorita, la lectura (este consultorio es más sobrio que el de mi dentista de cabecera, hay menos pacientes, la secretaria es ascética y muy desagradable, el dentista callado, discreto). Por variar, hojeo las revistas que están sobre la mesa, revistas de negocios, de empresarios y algunas, muy pocas, dedicadas a los problemas dentales. Encuentro una *Cosmopolitan* por milagro y me entretengo leyendo artículos sobre las artistas de cine y aprendo que el rojo es el color más sexy del mundo.

En otra revista médica descubro que el tipo de zapatos que utilizamos día con día influye en el desarrollo de ciertas enfermedades, como la osteoartritis, que se presenta cuando una articulación está desgastada. El riesgo de contraerla aumenta con hábitos nocivos como no hacer ejercicio o usar zapatos sin tacón (*flats*) o muy altos y, también, cuando somos obesos (mis zapatos son muy bajos, camino al ras del suelo, pero aún no he experimentado esos síntomas). En la revista se incluye una entrevista a un ortopedista, afirma que

el tacón sí se debe utilizar, pero debe ser menor a cinco centímetros para proteger ciertas partes del cuerpo, como las rodillas, debido a que es común que éstas se desgasten. En su opinión, lo ideal sería que las mujeres eligieran tacones de entre tres a cinco centímetros de alto y los hombres de uno a dos. Asegura que así se protege nuestra espalda y se evitan futuras lesiones. Menciona otro problema: usar zapatos deportivos, es decir, los muy diversos estilos y formas que han adquirido los tenis, dato que pareciera contradecir la propaganda de las tiendas deportivas o los anuncios publicitarios de las marcas a la moda. Es tajante: los zapatos deportivos deben usarse durante unas horas, pues han sido diseñados solamente para hacer ejercicio. Si los niños los usan de manera constante o si los adultos los llevan durante todo el día aumenta el riesgo de tener problemas en el talón de Aquiles y en diversas articulaciones, lo cual podría provocar fracturas y una propensión a la osteoartritis.

Pero yo prefiero los zapatos Trippen, marca alemana, los hacen a mano en Berlín. Han sido confeccionados sólo para personas normales, lo anuncian así deliberadamente y lo subrayan: para personas normales con pies también normales y un peso razonable: si no se cumplieran estas condiciones, el calzado se deformaría. Añaden: los calzados Trippen no son ortopédicos, no han sido diseñados para resolver problemas individuales —los pies planos, el arco caído, los juanetes—. (Un juanete es un agrandamiento de la articulación de la base del dedo gordo del pie —la articulación metatarsofalángica— que se produce al desplazarse el hueso o el tejido de la articulación del dedo gordo. Esta deformación fuerza al dedo a doblarse hacia los otros, creando en el pie un bulto de hueso, frecuentemente doloroso. Como esta articulación soporta gran parte del peso del cuerpo al caminar, los juanetes pueden ser extremadamente dolorosos si no se tratan. La propia articulación puede volverse rígida e irritada, haciendo difícil o imposible incluso llevar zapatos. Los juanetes o bunios —del latín bunio, que significa agrandamiento— pueden darse también en la parte exterior del pie, o en el dedo pequeño, donde se llama juanete de sastre).

Cualquier modificación en el zapato para adaptarlo a otro tipo de pies tendría un impacto negativo sobre el modelo. Los Trippen suelen tener tacones, pero sólo aumentan la estatura unos cuantos centímetros, a lo sumo, cinco.

Interrumpo la lectura, es de nuevo mi turno, me dirijo al cubículo que me ha tocado en suerte, impecable, sin cuadros en las paredes, los muebles nuevos, brillantes, me inspiran no sé por qué cierto temor. Antes de empezar a actuar, el médico ordena que tomen una radiografía del diente que van a intervenir, situado en la mandíbula superior izquierda; me colocan un delantal muy pesado forrado de metal, que impide que los rayos x hagan daño —dizque para evitar el cáncer—, me entregan un pequeño cuadrado blanco, lo introduzco en mi boca sobre la pieza dañada, lo sostengo firmemente con la mano, la enfermera apunta un lente sobre mi mejilla, se retira, se sitúa detrás de la vidriera, acciona un mecanismo, suena una

especie de alarma, regresa, me quita el delantal: estoy lista para empezar. El endodoncista examina la radiografía, hace un gesto de perplejidad y antes de que pueda yo pronunciar palabra enciende la lámpara que como las de los recintos policiacos iluminan de manera inhumana el rostro del criminal o del paciente; me pide que abra la boca y frota mi encía con un algodoncito empapado en una sustancia tóxica, aletargante, introduce en ella una aguja inmensa e inyecta un tipo de anestesia ligera (tipo citanet o carbocaína), la aguja penetra con dificultad, la dureza de la encía se opone a la de la aguja: siento o imagino el sabor de la sangre a medida que entra el líquido: la sangre, supongo, debería tener un color levemente encarnado (casi dorado) y expedir un suave olor: su sabor es entre dulzón y salado cuando la pruebo: la anestesia hace efecto lentamente, la mandíbula, la encía y la lengua pierden sensibilidad, la cara se deforma, envejezco. Trato de lamerme la boca y la lengua tropieza, está dormida, he perdido totalmente la percepción de esa porción de mi rostro. Con su mordaza sobre la boca, el médico coloca otra sobre la mía, un pedazo de plástico azul enmarcado en metal, llamado técnicamente un dique de hule, especial para endodoncia, una grapa sostiene el plástico; con su taladro lo perfora para abrir un acceso diminuto y penetrar en la pieza dañada, introduce limas de endodoncia de diferentes tamaños: ocho, diez, quince, veinte, veinticinco, hasta cuarenta milímetros. Excava con encarnizamiento, saca chispas y ligerísimas gotas de agua vuelan salpicando levemente mi mejilla: me cuesta respirar. Cada lima se ajusta al tamaño del orificio abierto dentro de mi boca, protegida por ese plástico de color azul; un espejo se interpone entre la fresa y mi lengua para evitar que la traspasen, el espejo sirve para separar las mejillas y así observar el interior de la cavidad dental con más facilidad, usan también separadores comisurales que cumplen el mismo objetivo que los espejos dentales.

Para trabajar con mayor precisión, el dentista usa un microscopio. En voz muy baja dice (es un dentista tímido, eficiente, severo): abra grande la boquita. Ha practicado un orificio pequeñísimo —tiene que ser milimétrico ¿cómo podría ser de otra manera en un espacio tan breve como la boca?—. Le servirá para insertar sus instrumentos, muchos instrumentos, demasiados instrumentos, finísimos, precisos, aterradores: pinzas, espejos, bisturíes, espátulas, fresas de diferentes tamaños, sondas, taladros, exploradores, cánulas, mosquitos, agujas cortas y largas, succionadores, aspersores, periostótomos, botadores, elevadores de instrumentos que se emplean para sacar las raíces o dientes, fórceps dental, cucharitas de legrar, pinzas de disección, porta-agujas, limas, sondas, suturas...

Intento gritar cuando el taladro toca mi nervio, un fragmento milimétrico de tejido imperfectamente anestesiado. Intento gritar, pero ¿cómo gritar con la boca cubierta por un dique?, ¿un dique que separa de forma despiadada mis mandíbulas? Me entra un irresistible deseo: pasar la lengua sobre mi boca

reseca, pero no puede ser ¿cómo podría lamerme los labios si la obstruye un artefacto cuadrado de metal que sostiene un hule color azul plúmbago llamado dique y mantiene abierta, bien grande, mi boquita, mientras diversos instrumentos penetran en mi muela sin piedad?

Cuando me quitan el artefacto respiro con deleite, siento alivio, han insertado en mi boca abierta una cánula de aspiración, empleada por los odontólogos para evitar que la saliva se acumule en la boca del paciente mientras se trabaja en ella. Decido entonces pasar la lengua sobre mis labios, aunque tropiece: la boca está dormida, como el grito. Respiro por fin a mis anchas, pero mi mandíbula, mi lengua, mis encías, el paladar, mis labios y, quizá hasta mis dientes, han desaparecido de mi vida activa.

Escribo este fragmento oyendo cómo Glenn Gould interpretaba muy lentamente y casi al final de su vida las *Variaciones Goldberg* de Johann Sebastian Bach.

Jan Potocki se suicida de un tiro en la cabeza, leo en la revista *Europe*, dispara contra sí mismo después de terminar la última versión del Manuscrito encontrado en Zaragoza.

La bala es de plata, reposa en su escritorio.

Potocki fue un noble polaco, francófono, erudito y viajero, transitaba entre el gabinete de estudio y los grandes caminos, las embajadas y la corte. Encarna la imagen más perfecta de la clase ilustrada de la Europa de su tiempo.

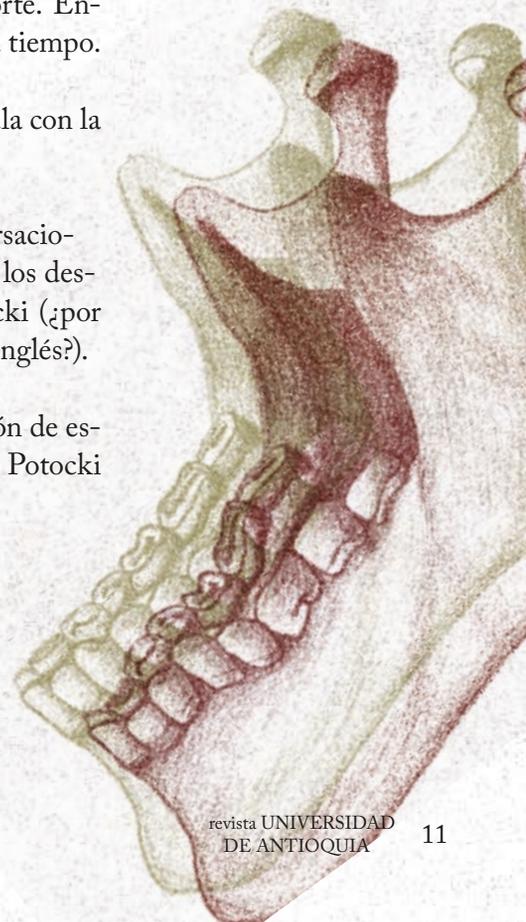
A menudo sufría de los dientes: creo —quiero creerlo— que la bala con la que se mató tenía forma de muela.

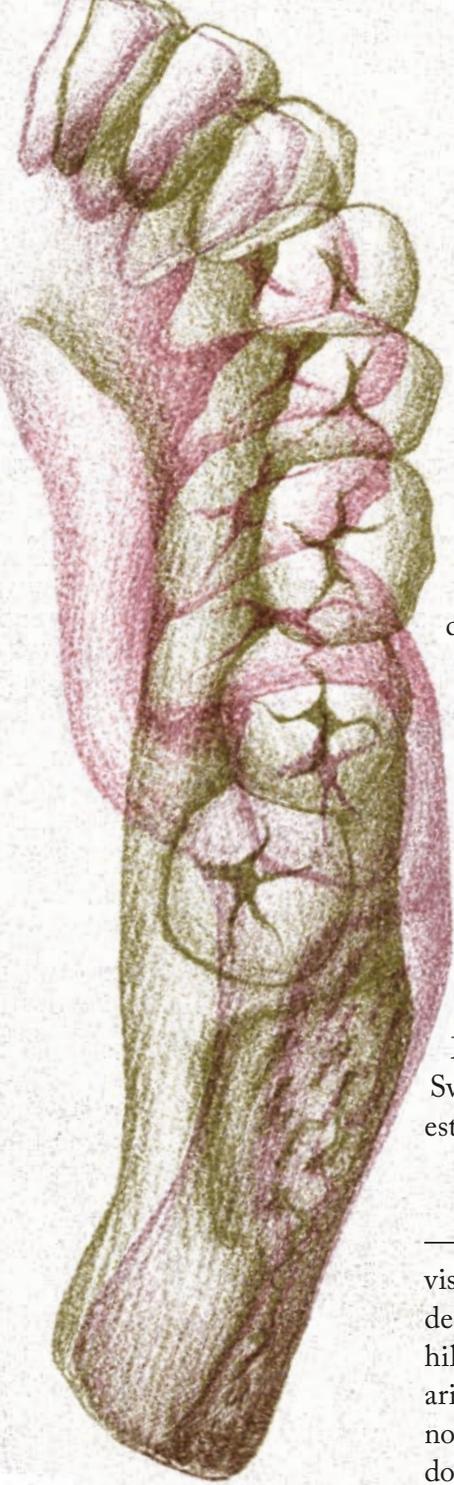
Cuando Gombrowicz traza su genealogía literaria en sus conversaciones con Dominique de Roux, no habla de ciertos escritores polacos, los descarta, como si no fueran parte de su genealogía, no habla de Potocki (¿por qué escribía en francés?) ni de Joseph Conrad (¿por qué escribía en inglés?).

Voy a releer sus diarios, los he traído aquí, veré si descubro la razón de estas omisiones: para mí, a pesar de la lengua en que escribieron, tanto Potocki como Conrad fueron polacos.

Ayer, antes de acostarme releí Berenice de E. A. Poe.

Reanudo su lectura hoy, en la sala de espera del dentista, el habitual, mi dentista de cabecera (¿la nonagésima sesión?).





Cito dos párrafos:

Observé los dientes en el momento mismo en que habían empezado a distenderse. Entonces y en su insustituible individualidad llegaron a ser la esencia de mi vida intelectual. Los observe a todas las luces. Les hice adoptar todas las actitudes. Examine sus características. Estudié sus peculiaridades, dice Egeo, el protagonista del cuento.

Medité sobre su conformación (Egeo es el alter ego de Edgar Allan Poe). Reflexioné sobre el cambio de su naturaleza. Me estremecía al asignarles en mi imaginación un poder sensible y consciente, y aun, sin la ayuda de los labios, una capacidad de expresión moral.

Leer el texto de Poe reafirma la extraña sensación casi metafísica que me produce pasar mi lengua sobre la encía desguarnecida: al quitarme el puente la han dejado al descubierto, con el objeto, dicen, de arreglar algo fundamental en el proceso, con miras a la reconstrucción final. Cuando el dentista y los técnicos terminen ese trabajo, podré llevarme el puente puesto, un puente hecho a la medida, como si se tratara de un par de zapatos de diseñador, insiste el doctor (Ferragamo fabricaba bellas y eficientes hormas de madera talladas a la medida de los pies de cada uno de sus clientes, Mussolini, por ejemplo, o sus clientas, Silvana Mangano, Marilyn Monroe, Katharine Hepburn, Eva Braun, Norma Shearer, Gloria Swanson, Clara Petacci). (Hay un retrato muy maltratado de Mussolini en el estudio terriblemente desordenado de Bacon, hoy un museo).

Entra por fin Roci con un molde lleno de cera o más bien de alginato —el molde se llama cucharilla—; extrae primero con pinzas el puente provisional (náuseas), lima los dientes (náuseas), encaja unos ganchos (¿garfios?), desaparecen o reaparecen los puntiagudos muñones (dientes convertidos en hilachos); los toco con la lengua (náuseas) (gozo) (satisfacción de sentir sus aristas desiguales), me recuerdan los incisivos de un amigo francés (o quizá no era francés, ¿entonces, norteamericano?) cuyos dientes superiores (cuando sonreía) asomaban totalmente roídos, puntiagudos, lastimeros; un amigo delgado, místico, con la mirada extraviada, parecido a Egeo. Berenice, lívida, cadavérica, enterrada viva en su tumba (tal vez como su esposa en la vida real —la de Poe—, casado con su prima Virginia Clemm cuando ella tenía trece años y muerta de tuberculosis dos años más tarde): en un trance de catalepsia y locura Egeo, su primo hermano, le arranca uno a uno los dientes, los guarda como joyas en una delicada caja encuadernada en piel y la deja caer cuando es descubierto: los diminutos objetos color marfil se desparraman por el suelo. Este acto refleja, según comenta el mismo Poe en su cuento “El demonio de la perversidad”, un acto de crueldad gratuita, el de un personaje poseído por un demonio: en realidad, según el escritor, un móvil sin motivo, un motivo

no motivado... Y para rematar lo anterior, Poe agrega: A la muerte se le toma de frente, con valor, y después se le invita a una copa, frase que me recuerda de inmediato a Dylan Thomas, quien como Poe murió borracho y probablemente en la calle, después de haber brindado con la muerte...

Conocí al pintor en Venezuela y sus dientes eran simples muñones —parecidos a los míos después de que el dentista trabaja sobre ellos—; pintaba invariablemente cuadros relacionados con la odontología y los productos de limpieza para los dientes (pastas dentífricas para dientes sensibles o para blanquearlos, cepillos manuales y eléctricos, hilo dental, frascos de Listerine), alucinante obsesión, hoy la comprendo plenamente, el dentista trabaja en mi boca y mis dientes van transformándose en agujas lancinantes, exhibidos así, al aire, disminuidos, puntiagudos, ominosos, dientes que tengo la oportunidad de observar mientras espero en la oficina privada del dentista a que me coloquen las piezas provisionales.

En el espejo del baño me contemplo, mi rostro desdentado es la propia figura de la muerte.

La relación que Bacon tuvo con las mujeres es singular.

A los dieciséis años, Edward Arthur Mortimer Bacon, su padre, procedente de la pequeña aristocracia, descendiente lejano del gran filósofo isabelino Francis Bacon, militar retirado, entrenador y criador de caballos, lo descubrió probándose la ropa interior de su madre; indignado lo echó de la casa y le pidió a un amigo de la familia la misión de educar a su hijo y volverlo hombre. Y esa educación fue efectiva, se convirtió en amante de su tutor en una de las épocas más turbulentas de la historia, en el Berlín previo al nazismo, ese Berlín tan perfectamente retratado por los pintores que Hitler llamó degenerados, Georges Grosz, Max Beckmann, Otto Dix, época descrita magistralmente en *Mephisto*, la novela de Klaus Mann, el trágico y suicida hijo de Thomas Mann.

(Nota al calce: La dama de hierro británica, la innombrable Margaret Thatcher, hablaba de las pinturas de Bacon con repugnancia, las describía diciendo que eran solamente asquerosos pedazos de carne).

No es extraño que una de las actividades de Bacon cuando joven, además de gigoló, sirviente y diseñador de muebles, haya sido la de vender ropa interior para damas.

Bacon se reunía con varios de sus amigos pintores, quienes formaron parte de la llamada impropriamente Escuela de Londres —Kitaj, Lucian Freud,

Frank Auerbach, Leon Kossoff, Michael Andrews— en distintos bares del Soho, como the Wheeler, the Gargoyle, the French Pub, lugares turbulentos, repletos de borrachos, homosexuales y artistas, también solía frecuentar the Colony, cuya propietaria era Muriel Belcher, una de sus mejores amigas, varias veces modelo de sus cuadros.

Isabel Rawsthorne, amiga de Giacometti y de Bataille, a quienes Bacon admiraba enormemente, fue también su modelo.

La primera galerista que lo representó durante varios años fue Erica Brausen.

Visitar a su abuela materna, mujer adorable y extravagante, lo consolaba cuando niño de la tiránica vida familiar, de la indiferencia de su madre y de la violencia intolerante de su progenitor, a quien más tarde llamaría mi maldito y asqueroso padre.

Sin embargo, la relación más conmovedora de Bacon con el género femenino, digna casi de una telenovela sentimental, fue la que sostuvo con su nana. Su apellido me parece sublime, Lightfoot, la de los pies ligeros, con ella convivió hasta su muerte (la de la nana) en uno de sus primeros estudios, situado no por azar en una de esas calles que anteriormente habían sido caballerizas (los primeros amantes de Bacon fueron los caballerangos que trabajaban para su padre en Dublín), un taller anterior al que luego habría de habitar durante más de treinta años hasta 1992, año de su muerte, situado en Reece Mews.

(En inglés, *mews* significa caballeriza).

Muy amigo fue también Bacon de Marguerite Duras y de Sonia Orwell.

John Edwards, su último amante oficial y heredero universal del pintor, de quien se decía que cuando Bacon lo encontró no sabía leer ni escribir, donó en 1998 el contenido de ese estudio a la galería municipal de Dublín.

Sesión número ochenta y nueve.

Es bien sabido que los egipcios veneraban a los animales y no es inusitado que los arqueólogos desentierren momias no humanas. Pero nunca se había producido un hallazgo tan importante como el que investigadores de la Universidad de Cardiff hicieron en una inmensa tumba del siglo IV a. C., mal explorada y descubierta en el siglo XIX en Saqqara, donde también hay una pirámide de proporciones menos imponentes que las de Gizeh, con plataformas escalonadas parecidas a las de la pirámide de Tájín. La tumba estaba



dedicada al dios Anubis, el de la cabeza de chacal: en ella se encontraron un número infinito de fósiles caninos, enterrados hace más de dos mil años, muchos de los cuales se han desintegrado en parte y revelan que era un ritual aún practicado en tiempos recientes.

Otro dato curioso: Había asimismo en la tumba restos de chacales, zorros y halcones. Y puesto que la arqueología —y la metafísica, según aseguraba Borges— es una rama de la literatura fantástica, los habitantes de esa zona, alrededor del templo en cuestión, se dedicaban *in illo tempore* a criar perros para momificarlos después.

Y me pregunto ¿por qué motivo los egipcios momificaban —eternizaban— a sus perros y qué significado religioso tendría que el dios Anubis —un dios canino— necesitara tantos? ¿Para acompañarlo en el más allá? Y no puedo dejar de hacer una última pregunta que responde a mi obsesión: ¿Habrán conservado intacta su dentadura?

(Giacometti vio un perro y decidió hacer su famosa escultura: Soy yo, me dije cuando un día me vi en la calle como si fuera un perro).

Como cuando una se enamora, mi vida ha cambiado totalmente. Parece reducirse a este ir y venir, este vaivén interminable, este recorrido perpetuo de muchos kilómetros que no serían ni tan pesados ni tan lentos ni tan caros si el tráfico de la ciudad fuera menos intenso. De los noventa, época en que venía con mi madre a este mismo consultorio y a este mismo dentista, al año 2016, en que sigo viniendo eternamente a visitarlo, la Ciudad de México se ha convertido en una Nueva Delhi.

El consultorio se ubica en la avenida de los Campos Elíseos, en Polanco, cerca del Periférico; en este tramo, la calle de ese nombre pierde el camellón que la distingue de las otras calles del barrio y se convierte en una calle de salida única, como la del bellissimo libro de Walter Benjamin, últimamente mi libro no de cabecera sino de consultorio: se llama justo así, Dirección única (según la traducción española, en argentino se dice calle de una sola mano, traducción más sugerente). Obviamente, este tramo se vuelve mucho menos poético en la realidad y siento que le queda grande el nombre.

Mejor me absorbo en la lectura.

Una precaución muy simple, traigo de costumbre un bolsón en el que pueden caber numerosas cosas, mis cuadernos de notas, mis libros, mi teléfono celular, mis anteojos, mi dinero y mis tarjetas de crédito.





Leo en este momento preciso *El Rey de las Dos Sicilias* de Andrzej Kuśniewicz (1904-1993) —escritor, ensayista y poeta polaco, nacido en Galizia, Imperio austrohúngaro (actual Ucrania), en el seno de una familia aristocrática—, leo en la contraportada de la traducción española que cursó estudios de derecho, arte y ciencias políticas, ocupando diversos puestos como diplomático. En 1939, al estallar la Segunda Guerra Mundial, trabajaba en el consulado polaco de Toulouse. Tras la victoria alemana sobre Francia se unió a la resistencia. Fue capturado en 1943. Sobrevivió al campo de concentración de Mauthausen, donde simpatizó con el Partido Comunista, al que posteriormente se afiliaría. Condecorado con la medalla de la Resistencia por el gobierno francés, permaneció en dicho país hasta 1950 como cónsul general de Polonia en diversas ciudades.

Me entero con mayor certitud de cómo se fueron destruyendo esos mundos otrora perfectos, el invencible Imperio austrohúngaro hecho cenizas después del asesinato del Francisco José que desató la Primera Guerra Mundial. Leer a Kuśniewicz me despierta el deseo de releer a Joseph Roth, quien también se ocupa de ese mundo, como luego Claudio Magris. Por ello decidí traer conmigo, la próxima vez que visite el consultorio, a Franz Kafka, a Max Brod, a Bruno Schulz, a Paul Celan, a Italo Svevo y también a Thomas Mann, quien pudo seguir escribiendo fuera de su país natal y en su lengua materna, el alemán (aunque nacido en Rumanía, la lengua materna de Celan fue también el alemán, la lengua con que mataron a sus padres y la lengua con la que escribió sus poemas).

Es obvio que a pesar de la larga espera en la sala llamada convenientemente y de forma pleonástica sala de espera, no podré leer tantos libros, a pesar de mi voracidad. Sin embargo los traigo, probablemente me sirvan a manera de amuleto.

Otro amuleto, la música: *Variaciones para clavecín* de W. A. Mozart, tocadas en el piano por Vladimir Horowitz.

Contesta Michael Peppiatt, biógrafo de Bacon entrevistado por Sachiko Natsume-Dubé, cuando le pregunta si cree que las crucifixiones de Bacon son una especie de autorretrato:

—Sí, a menudo me lo he preguntado— ¿no se sentiría Bacon crucificado por todo tipo de dolores o de contradicciones, pienso, esa parte ineludible de su personalidad, y, también, claro, por la culpa que sentía con su familia? Convengamos: una interpretación groseramente freudiana, no recuerdo ahora si es de Peppiatt o mía.

Franck Maubert publicó en 2009 un pequeño libro de entrevistas del que ya he hablado aquí, lleva el significativo título de *El olor a sangre humana no se aparta de mis ojos*, verso de *La Orestíada* de Esquilo, trilogía trágica muy admiraba por el pintor que dio origen a dos de sus trípticos llamados ambos *Tres estudios de personajes debajo de una crucifixión*, donde Cristo desaparece. Pintado uno de los cuadros en 1944, fue la primera obra que Bacon consideró digna de exhibirse y con la que inició su carrera de pintor; el segundo es una versión de mayor tamaño que lleva el mismo título, ejecutado cuarenta años después.

Refiriéndose a la trilogía esquiliana que inspiró esos trípticos, Bacon confiesa:

—Me esfuerzo por distorsionar lo que observo, mucho más allá de su apariencia normal; pero al tiempo que la distorsiono quiero obligarla a dar testimonio de la apariencia que realmente le pertenece.

En 1950 Bacon pintó una crucifixión muy poco conocida en tonos sombríos: beige, gris, negro y blanco. Destaca la cruz, dato que parecería necesario en una crucifixión, pero ausente en los trípticos antes mencionados. En este cuadro que vi en el Museo Maillol en 2004, el mal ladrón se encarama como mono sobre el eje horizontal derecho de la cruz y Cristo apenas se sostiene en el centro, resbala, representado como una figura desnuda, despreciable, mezquina, con vagina y la boca abierta, donde de manera habitual protuberan los dientes. Bacon aseguraba que de estas representaciones cristoformes no podría hacerse ninguna representación religiosa, sentía en cambio una atracción estética por la estructura geométrica de la cruz, sus ejes verticales y horizontales le añadían al cuadro un elemento arquitectural.

(En castellano, *bacon* quiere decir tocino).

Inventario número cuatro

¿Por qué Marilyn Monroe se lavaba la cara quince veces al día?

Me gusta la palabra garlopa, suena a instrumento quirúrgico.

¿Sonríes con timidez porque tienes los dientes amarillos?

Thomas de Quincey decía que no hay dolor más insoportable que el de los dientes, y que incluso sobrepasaba a los dolores de parto.

Es para mí un misterio, decía Witold Gombrowicz, que libros interesantes como los de Schopenhauer no encuentren lectores.



La gingivitis produce fiebre, dolor y exudado purulento.

Para la gingivitis hay que usar Bexdent en pomada y darle masaje a las encías.

Ya era frecuente el uso de palillos de madera para la higiene dental y para paliar los dolores producidos por infecciones y enfermedades en la boca en sujetos anteriores al hombre de Neanderthal.

Tiene tan manchados los dientes que no se atreve a sonreír.

La cucharilla, la sonda, las pinzas, el empuja-puentes y el explorador son algunos de los instrumentos dentales más habituales.

El aceite de coco como enjuague bucal.

En la cueva de Daoxian, en China, se recuperaron cuarenta y siete dientes pertenecientes a la especie homosapiens, su edad aproximada es de ciento veinte mil años. **U**



Por breve herida, 2016.
México: Editorial Sexto Piso.
Imagen de portada: Francis Bacon. *Nude*, 1960.